

tercera al salir y recoger mi bombín nuevo, encontré en su lugar otro mugriento con medio kilo de tiras de papel bajo la badana.

La sustitución de la tracción animal en los tranvías por la eléctrica, no se realizó hasta los comienzos del siglo XX; la primer línea de tranvías eléctricos se inauguró en 1898.

Los grandes inventos que en la actualidad han transformado el modo de vivir; el motor de explosión que dió origen al automovilismo y a la navegación aérea, con su consecuencia de prácticamente acortar distancias y acercar lejanías, estaba en germen. El fonógrafo y el cinematógrafo estaban, asimismo en gestación, apareciendo al público cuando el siglo XIX terminaba, como sorprendentes curiosidades científicas.

En los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, fué cuando la generación de mi tiempo, apreció el gran cambio que se operaba por los inventos científicos que han transformado el modo de vivir de los hombres. La gestación de la mayor parte de las conquistas científicas de los últimos tiempos, corresponden a esfuerzos realizados en los años finales del siglo pasado, aunque el nacimiento, el desarrollo y la difusión de los inventos, fuese en los primeros años del presente siglo. Considerando la cuestión con amplitud, debemos estimar que la segunda mitad del siglo XIX fué un período glorioso de gran desarrollo científico, en el cual las ciencias físico-químicas y naturales se consolidaron en firmes cuerpos de doctrina y comenzaron a florecer y fructificar; florecimiento y fructificación que continuó, con creciente intensidad y desarrollo durante el transcurso de la primera mitad del siglo XX.

EDUARDO H. PACHECO



IDEARIO EXTREMEÑO

El objeto de la política es solamente mirar por los intereses de la nación; ésta y no otra debe ser la política de España; las demás son políticas de bandería, son políticas de partidos.

DONOSO CORTES

LA PALABRA CLASICA Y LA PALABRA ROMANTICA

ME es muy difícil alcanzar a señalar qué últimas y decisivas diferencias hay entre la palabra hablada y la palabra escrita. No basta decir que la palabra oral tiene más énfasis, una velocidad y un ritmo esenciales, puesto que sale envuelta en músicas, radiando el tono, el gesto y el timbre del apóstrofe y la interpelación, ni que es palabra viva y caliente que se enciende con la interlocución, con la presencia de alguien a quien se dirige... No basta todo esto y siempre nos queda el insosiego de no haber dicho lo decisivo de esa diferencia, porque, además de la palabra escrita para ser leída, y la palabra hablada para ser escuchada en vivo, hay la palabra que se escribe para ser hablada o recitada y declamada, como hay la palabra que se habla para ser escrita al dictado. Hay quien da oratoria a la palabra escrita como si estuviera ante un público inmenso y congregado; o como si el autor-orador se erigiera en auditor multitudinario de sí mismo; y hay quien habla oralmente, pero con estilo escrito, como si estuviera escribiendo. Unamuno escribía como hablaba, como si él mismo fuera recogiendo en notas y luego repitiendo por escrito, lo que antes había hablado. Valle-Inclán, al revés, hablaba como escribía, como si él mismo fuera aprendiéndose de memoria lo que ya tenía escrito... Los políticos oradores suelen escribir como si estuvieran hablando ante multitudes; esa es la impresión que da la lectura de Castelar o García Sanchiz. Pero hay quien habla con estilo de crónica o narración, como Galdós, o de disertación, como Don Juan Valera. Hay financieros que hablan como si redactaran cartas, y burócratas que parecen hablar en tono de oficio y papel sellado: «Sírvese usted...» «Me es grato comunicarle...»

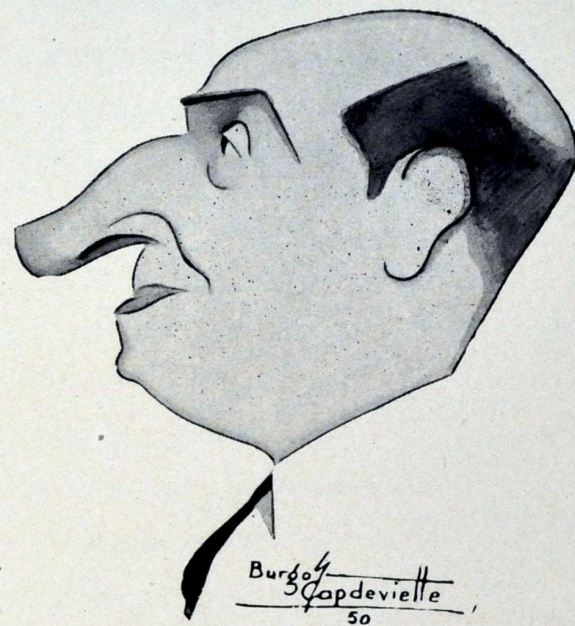
Me gusta llamar a una, a la palabra que parece dictada para escrita, la palabra «clásica»; y cognominar a la otra, a la que parece oralmente pronunciada, palabra «romántica», sólo porque me parece que representan bastante bien a los dos tipos históricos: románticos y clásicos... Pero sin creer que, por eso, haya yo señalado, al fin, la última y más fina diferencia entre ambas clases de palabra. Es una distinción que me resulta útil para caracterizar tiempos de la Historia y tipos de hombre. Por de pronto, la palabra romántica parece encendida, hecha de la tela del fuego, en tanto que la clásica ya sea en sí más duradera y consignada a lo eterno, pues es más duradero y próximo a lo imperecedero el espíritu de fuego que la palabra de piedra... Por de pronto, la palabra romántica es más apta para la transmisión oral, mientras la clásica se resiste a la evocación de

la memoria. El recuerdo de la palabra hablada es grabado a fuego. Por eso son más fuertes y vivas las tradiciones orales en épocas en que no se escribe, como en las Edades Medias... Y esto nos lleva a que hay hombres y épocas charlatanes y épocas y hombres taciturnos. Épocas y hombres que aspiran a escribir como hablan (así lo aconseja Juan de Valdés en su «Diálogo de la Lengua») y épocas y hombres que anhelan hablar como escriben; así, el hombre romántico, ante la mujer, parece recitar siempre versos o representar un drama, antes escrito. Y sin embargo, la palabra romántica parece perder radiaciones al enfiarse en el escrito, como la lava que es de fuego se vuelve piedra; o bien es palabra escrita que gana al ser recitada; mientras la del clásico no pierde tanto, como palabra escrita, por la acción de tiempo, pero resulta cansada y fatigosa para ser pronunciada por otras generaciones.

Y aquí surge otra importante nota diferencial: el ritmo, que es lento y ancho en el clásico, es célere y urgente en la palabra romántica que se excita, crina y crece entre balbuceos y tartamudeces. El hombre clásico escribe saboreando lentitudes y premiosidades, sin prisas y sin acaloros, recreándose en el primor de la palabra escrita. Ni en el siglo XVI ni en el XVII se da el tipo de orador que se da luego en el romanticismo del XIX. Tampoco se da el sofista, el disertado, ni el orador ateniense, que es más bien el retórico, el «retor». Por eso define Quintiliano la retórica como el arte de bien decir, entendiendo el arte de hablar oralmente bien. Era más bien arte dialéctica, arte de persuadir como ya se había definido, aunque Quintiliano reproduce las protestas contra este arte de engañar, ya dadas en Gorgias y en el Fedro. Pero el ateniense no se parece al vehemente y apasionado orador romano, al tribuno. Los discursos de Demóstenes parecen dictados; hablados para ser escritos. Los de Cicerón fueron escritos para ser pronunciados desde la tribuna.

Es otro ritmo que da otra velocidad a las palabras:.. La palabra veloz se agita, excita, estremece y sube en tropel sobre sí y sobre las demás, encabritándose nerviosa y caracoleante hasta alcanzar el tartamudeo frenético del profeta, del apóstol, o la terrible elocuencia, también tartamuda, de la ametralladora. La palabra lenta del clásico es palabra soleada, tendida y recreada en periodos lentos y corroborados. Es la palabra desbravada, bien dócil a las bridas gramaticales, estirpada de fuegos y vehemencias, mientras la palabra romántica veloz, es apasionada, sin sosiego, toda improvisación, ímpetu y calentura; es un centelleo de pensamiento mágico que no halla engrane posible en periodos medidos y calculados. La palabra romántica es sonora y luminosa, mana luces y músicas. La palabra clásica es sabrosa y sosegada, escasa de luces y de sonoridad. El discurso de Don Quijote a los cabreros se ve que es un discurso escrito, ni elocuente, ni sonoro ni iluminado. Es palabra morosa y sin ardores, de un gusto a reposo, a lecturas y a antigüedad.

PEDRO CABA



GALERÍA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Ricardo Durán López («Danhur»)